



Revista Bitácora Urbano Territorial

ISSN: 0124-7913

bitacora_farbog@unal.edu.co

Universidad Nacional de Colombia

Colombia

Márquez, Francisca

Santiago de Chile: Ciudad propia, ciudad bárbara

Revista Bitácora Urbano Territorial, vol. 20, núm. 1, 2012, pp. 21-30

Universidad Nacional de Colombia

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=74824041003>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

 redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Santiago de Chile: Ciudad propia, ciudad bárbara*

SANTIAGO DE CHILE: PROPER CITY, BARBARIAN CITY

Francisca Márquez

Antropóloga, Decana Facultad de Ciencias Sociales

Universidad Alberto Hurtado. Chilena.

fmarquez@uahurtado.cl

Recibido 10 de junio de 2011

Aprobado: 13 de marzo de 2012

Resumen

Este artículo presenta resultados de investigaciones del Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (Fondecyt 1095083), realizadas en la ciudad de Santiago de Chile. En él se aborda la pregunta por la construcción y génesis de las identidades urbanas en nuestra segregada ciudad de Santiago del siglo XXI. Se analiza el caso de territorios urbanos y sus identidades que develan la coexistencia de una *ciudad propia* y una *ciudad bárbara* en Santiago. Se plantea que así como las identidades de la *ciudad propia* cobijan en su interior el deseo y la estética del orden, el control y la higiene, en la trastienda y el margen que es la *ciudad bárbara*, las identidades producen un modo de habitar heterogéneo y multicultural. Coexistencia de identidades que construyen la cuestión urbana hoy.

Palabras claves: segregación, identidad, fronteras urbanas.

Abstract

This paper presents results of a research carried out at Santiago, Chile financed by the National Fund for Scientific and Technological Development grant, Fondecyt 1095083. It addresses the question of how urban identities have been constructed in our segregated city in the twenty-first century. The cases of urban territories and their identities are analyzed as giving witness of the coexistence of both a *proper city* and a *barbarian city* within the confines of Santiago. It is argued that just as the identities of the *proper city* expresses the desire and the aesthetic of order, control and hygiene, there is a space at "the back of the shop", in the "*barbarian city*", where urban identities produce a heterogeneous way of living, and multicultural life style. This argument presents a coexistence of identities that is making up today's urban question today.

Keywords: segregation, identity, urban boundaries.

Resumo

Este artigo apresenta resultados de pesquisa do Fundo Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (Fondecyt 1.095.083) realizadas em Santiago de Chile. Nele aborda-se a questão da construção e gênese das identidades urbanas em nossa segregada cidade do Santiago do século XXI. Analisa-se o caso de territórios urbanos e as suas identidades que desvendam a coexistência de uma *cidade própria* e uma *cidade bárbara* em Santiago. Propõe-se que, assim como as identidades da *cidade própria* abrigam no seu interior o desejo e a estética da ordem, controle e higiene, nos bastidores e a margem que é a *cidade bárbara*, as identidades produzem uma forma de habitar heterogênea e multicultural. Coexistência de identidades que constroem a questão urbana hoje.

Palavras-chaves: segregação, identidade, fronteiras urbanas.

* Investigación financiada por Conicyt, Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico No. 1095083.

Introducción

Junto con Argentina y Uruguay, Chile es uno de los países más urbanizados de América Latina. Desde temprano, en los años treinta, se consolidó el predominio de la población urbana (De Mattos, 1999).

La segregación residencial a gran escala ha sido el sello del patrón tradicional latinoamericano (Subercaseaux, 1973: 48; De Ramón, 2000: 34). En el caso de Chile podemos considerar a Santiago como una ciudad tempranamente segregada. Desde la intendencia de Vicuña Mackenna de Santiago en 1850, se intentó diferenciar dos ciudades: la *ciudad propia*, situada en el centro, caracterizada por la opulencia, el cristianismo y la intelectualidad; y la *ciudad de los arrabales o bárbara*, ubicada en la periferia y descrita como foco de pobreza, infección y vicio.

En Santiago, a lo largo del siglo XX, las familias de las *elites* fueron concentrándose, por lo general, en una sola zona de crecimiento que une el centro histórico con la periferia. En el otro extremo de la escala social, los grupos más pobres tendieron a aglomerarse en extensas zonas de pobreza, especialmente en la periferia más lejana y peor equipada (De Mattos, 1999: 21, 1997: 76; Sabatini y Cáceres, 2001: 34), en la zona sur, o bien al norte del río Mapocho.

La historia urbana indica que cuando los indígenas pasaron a habitar la ciudad de Santiago, siempre vivieron en cordones de pobreza, en *la ciudad bárbara*, al decir del intendente Vicuña Mackenna. El cordón principal se formaba con la ribera norte del Mapocho; era una "U" que arrinconaba a Santiago contra los cerros, según señalaba el historiador Armando de Ramón (2000: 89) para explicar la estampida de las clases altas hacia el oriente, hacia la cordillera de los Andes. Desde finales del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, sin embargo, un cuarto de la población pobre de Santiago se albergaba en ranchos, conventillos y viviendas populares espontáneas en los arrabales de la periferia sur y norte de la ciudad (De Ramón, 2000: 21).

En 1952 el Censo Nacional indicaba que Santiago pasaba de poco más de 900 mil habitantes en 1940 a 1'350.409 habitantes doce años después. La extensión del área urbana crecía también a un ritmo vertiginoso y Santiago se transformaba en una ciudad de masas (De Ramón, 2000: 46). La década de los años cincuenta estuvo marcada por los grandes flujos migratorios provocados por la crisis del modelo primario exportador y el ingreso al modelo de industrialización sustitutiva, lo que cambió la pauta de crecimiento de Santiago. En 1959, los habitantes de la periferia pobre llegaron a representar el 8% de la población de Santiago (Espinoza, 1988: 35). Los sectores de altos ingresos, por su parte, comenzaron a abandonar el centro de Santiago para establecerse en el área oriental de la ciudad, "dejando de hacer ostentación de su estatus y riqueza" como lo mostraba la imponente arquitectura de las cétricas calles de Santiago (De Ramón, 2000: 58).

En 1979, el gobierno militar inició la reforma urbana, lo que favoreció la explosión del crecimiento urbano. El plan de erradicaciones endureció las condiciones de vida de los más pobres y consolidó un patrón de segregación urbana y fronteras en la ciudad. Santiago pasó

Francisca Márquez

Magíster en desarrollo y socióloga PhD de la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Ha dirigido diversas investigaciones del Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (Fondecyt) en Chile sobre identidades urbanas, pobreza y políticas sociales en América Latina. Se desempeñó como Docente e investigadora del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales de la P. Universidad Católica de Chile, 2008 – 2010; Directora del Grupo de Estudios Antropología y Arqueología del Consejo Nacional de Investigación, Ciencias y Tecnología – Conicyt, 2009 - 2010.

a ser reconocida como una ciudad segregada a "gran escala", caracterizada por sus extensas zonas de pobreza, especialmente en el sur y el noroccidente de la ciudad y, al mismo tiempo, por la aglomeración de los grupos de altos ingresos en el área oriente (Sabatini, 1998: 24).

En los años noventa una incipiente segregación territorial a pequeña escala comenzó a surgir a través de modernos y enrejados condominios en comunas tradicionalmente populares. El aumento y consolidación de las desigualdades sociales, la pérdida del control del territorio por parte del grupo de pertenencia, la crisis del Estado para garantizar la seguridad y protección de todos los ciudadanos, la inseguridad, el surgimiento de un modelo de ciudadanía privada basada en la "autorregulación" y la consecuente privatización de la vida social son algunos de los elementos más nombrados al analizar el surgimiento de estas ciudadelas amuralladas en la ciudad (Salcedo y Torres, 2004: 12; Sabatini y Cáceres, 2001: 4). Lo cierto es que hoy estos lunares de riqueza en la pobreza abren nuevas fronteras sociales y espaciales en la ciudad.

Ciertamente, la persistencia de la segregación residencial tiende a agravarse con la acentuada desocupación, delincuencia y niveles de violencia intrafamiliar en algunos territorios. La tendencia a la guetización de los territorios más pobres y marginales no solo contribuye a una fuerte estigmatización hacia sus habitantes, sino que también destruye y erosiona la organización de la vida urbana que progresivamente se transforma en una ciudad temerosa y vigilada. La percepción de inseguridad en la ciudad y el propio barrio aumenta a menores ingresos de las familias. Mientras un 71% de los habitantes de estratos altos se siente seguro en su vecindario, solo un 55% de los habitantes de estratos bajos percibe que su vecindario ofrece seguridad. Pero la cifra más diciente es que pobres y ricos se sienten altamente inseguros en el centro de la ciudad de Santiago (71%), lugar por definición público y diverso. Sin duda a esto se suma la dispersión del espacio público, la polarización y distanciamiento casa-trabajo, la falta de espacios intermedios... ello hace que la pregunta por la ciudad sea más compleja e inasible. En un contexto de reforzamiento de su rol de metrópoli, la morfología social de Santiago tiende a persistir en su polarización social y segregación. Asimismo, se observa una morfología territorial en la que impera –al igual que en otras grandes áreas metropolitanas de países desarrollados y emergentes– la tendencia a la pérdida de población en el área central y el crecimiento de la población en los bordes de la urbe.

Con base en las evidencias de estudios etnográficos, este artículo postula que las huellas de la *ciudad propia* y la *ciudad bárbara*, subsisten aún en nuestro siglo XXI como formas diferenciadas del habitar urbano. En nuestra ciudad de Santiago conviven y se superponen históricamente identidades y modos de habitar opuestos y contradictorios, en sus relatos y prácticas cotidianas. Sin embargo, la tesis que se plantea señala que: a) la segregación urbana se construye en dos movimientos simultáneos: la identificación en el propio grupo (cobijo) y la distinción con el resto de la sociedad; b) Este doble movimiento de la segregación (identificación y distinción) es lo que otorga a la ciudad su carácter propiamente urbano; asegurando un equilibrio, siempre frágil, del cobijo en el propio barrio (siempre se puede regresar a casa, a los

propios), y el encuentro a menudo conflictivo con la otredad (los bárbaros). Esta paradoja de la proximidad y la distancia, el cobijo y el conflicto en la propia ciudad, es lo que posibilita la construcción nunca acabada de la condición urbana. La cuestión urbana, hoy, parece ser esta lucha cotidiana entre la *ciudad propia*, fortalecida a través de la segregación y zonificación que controla y homogeneiza, y aquella *ciudad bárbara, la del otro*, que subvierte y a veces revierte los principios de la *ciudad propia*, reivindicando los múltiples modos de vida urbanos. Este artículo propone una lectura de la segregación urbana desde esta doble cara, como posibilidad de cobijo y a la vez encuentro con la otredad. Una lectura desde la paradoja es lo que hoy permitiría que la ciudad segregada pudiese avanzar hacia la desnaturalización, la desestigmatización y la consolidación de la cuestión urbana como ejercicio de la alteridad.

Segregación e identidad urbana

La segunda mitad del siglo XX marcó profundamente nuestra ciudad de Santiago así como la vida cotidiana de sus habitantes. La ciudad se volvió una sociedad de masas, pero simultáneamente se llenó de un sinnúmero de fronteras y murallas internas que demarcaron un territorio de "archipiélagos" (Santa Cruz, 2002: 25) o islotes separados. Su acelerado desarrollo se plasmó en modos de relación social que junto con superponerse, se evitaban y temían.

La segregación residencial se consolida y ella permanecerá como un rasgo propio a la ciudad y la vida urbana. En términos generales, la segregación corresponde al grado de proximidad espacial o de aglomeración territorial de las familias pertenecientes a un mismo grupo social, sea que éste se defina en términos étnicos, etarios, de preferencias religiosas o socioeconómicas. Ella se alimenta de la tendencia histórica y cultural de los grupos sociales a concentrarse en algunas áreas de la ciudad; de la conformación de áreas o barrios socialmente homogéneos (Sabatini y Cáceres, 2001: 5); y de las prácticas e identidades que los residentes construyen en estos territorios, afirmándolos en su opción.

En este sentido, en Santiago el territorio ha constituido históricamente un recurso de integración e identificación dentro del propio grupo de pertenencia pero, también, de distinción y diferenciación en relación con el resto de la sociedad urbana. Los individuos y las familias no habitan sus barrios solamente por el uso que pueden hacer de ellos, sino también porque son *signos* de reconocimiento, prestigio y distinción social. Sin embargo, aun cuando todo territorio tiene un origen, una historia, no todo territorio tiene una identidad. Esto es, un relato, un discurso donde se amarre en una trama continua y coherente el origen, la historia y un *nosotros* a un proyecto de futuro. Sin este relato comprensivo, y sin una cotidaneidad que lo amarre y actualice, no solo se dificulta la identificación con el propio territorio, sino también los vínculos de reconocimiento con la propia ciudad. El propio territorio (barrio, población, villa, condominio) es la llave que permite aventurarse más lejos, en el mundo (Giannini, 1992 [1982]: 15). Certitud de permanencia y continuidad de la pertenencia y la familiaridad; prueba que existe una cierta continuidad

espacio temporal. Es en este ir y venir –entre lo propio y lo ajeno, el domicilio y la calle, lo privado y lo público–, que se construye la posibilidad de construir un relato de la historia próxima y lejana a la vez. No hay identidad territorial, no hay identidad urbana, sin este ir y venir entre la habitación y el mundo. Entre lo propio y lo ajeno se tejen y amarran las propias apuestas y proyectos.

La territorialidad es un rasgo compartido por todos los sujetos sociales, y por ello es un componente básico de su identidad. Y aunque el sentimiento de *pertenencia* en nuestras ciudades pareciera estar ligado a un gran espectro de espacios urbanos, en territorios segregados, como es la ciudad de Santiago, la valorización e identificación de los vínculos de intercambios simbólicos y afectivos en el pequeño territorio que representa el barrio y la vecindad, parecieran adquirir especial importancia.

¿Cómo se construyen entonces las identidades barriales en la ciudad segregada?

Los significados que alimentan las identidades no provienen únicamente de enunciados discursivos, una importante fuente de esos significados provienen de prácticas concretas y del contexto físico o el *efecto de lugar* (Bourdieu, 1993: 123) en que ellas se desenvuelven. La respuesta no proviene solo de la capacidad del vecindario de construir un relato identitario, sino de la situación de reconocimiento y poder en que ese relato se encuentra. Es su ubicación en relación con el resto de la sociedad y la ciudad, lo que podrá otorgarle a este relato un cierto grado de coherencia, capacidad de acción, capacidad interpretativa y, sobre todo, de legitimidad frente al resto de la sociedad. Claude Lévi Strauss (1961: 23) planteaba que para que la identidad goce de legitimidad no basta un relato continuo y coherente de la memoria, sino que siempre es imprescindible el reconocimiento de este relato por parte de un *otro*. Es decir, una mirada, que a modo de un espejo, devuelva al barrio y sus habitantes la imagen que se desea proyectar. Cuando esta imagen se devuelve distorsionada, estigmatizada –como ocurre en nuestras ciudades segregadas–, la identidad se tensiona, se fragmenta, afectando la capacidad de acción y proyección en el tiempo y en el espacio. En otros términos, cuando las narrativas identitarias de estos pequeños territorios que hoy llamamos barrios, pierden su carácter intersticial, de puente entre el mundo privado y el mundo de lo público, entre el hogar y la ciudad, entre *nosotros* y los *otros*, dos escenarios se construyen: o bien, los territorios quedan atrapados en la trampa identitaria del gueto, ensimismados en su propio universo cerrado y endógeno; y/o simplemente –que es casi lo mismo– los territorios construyen narrativas de oposiciones entre civilización y barbarie. En términos simples, *nosotros*, los de la ciudad propia, y los *otros*, los de la ciudad bárbara, imponiéndose la lógica del temor y la negación al otro.

En síntesis, sea cual sea el devenir del relato identitario, para construirse éste siempre requiere echar mano a recursos endógenos que hablan de *una historia y memoria del territorio*. Esto es, recursos que otorguen a esta narrativa una trama continua y coherente del origen. Sin este relato comprensivo y a veces utópico del barrio, la identificación con el propio territorio no se construye. El recordar es, entonces, un ejercicio esencial a las identidades territoriales; a través de él se configura un pasado que

permite proyectar la posibilidad de un futuro. Sin embargo, estas narrativas también necesitan echar mano de recursos exógenos, esto es, del reconocimiento del otro para que dicho relato pueda efectivamente plasmarse en un cierto poder de habitar. Una mirada desde la alteridad que, a modo de espejo, devuelva al barrio y sus habitantes, la imagen que se desea proyectar. En las identidades siempre existe una relación estrecha entre reconocimiento y auto-comprensión, entre la mirada del otro y la mirada de mí mismo. En la medida que no exista ese reconocimiento del relato identitario, la identidad territorial (con historicidad), tendrá dificultades para hacer de la propia memoria e historia un proyecto sobre el propio territorio. El relato nostálgico y de reclamo de muchas villas de pobreza responde, justamente, a esta imposibilidad de reconocimiento de una memoria, una historia y una trayectoria de esfuerzo y pobreza que no logra transformarse en una proyección de sí mismos en el tiempo y en la sociedad en su conjunto. Invisibilidad que los atrapa en la nostalgia de un pasado idealizado.

Poner en marcha los propios deseos y aspiraciones no es un asunto solo de saber-hacer sino, también, de poner en escena, en actos prácticos y simbólicos, un saber-ser. La confianza, en este sentido, constituye una dimensión esencial del sentimiento de vivir en sociedad. Superar la situación de incertidumbre y de estar a medio camino entre los márgenes y la sociedad, exige tener la prueba de su fiabilidad, de la previsibilidad de sus comportamientos... el problema central, entonces, es producir estas condiciones de reconocimiento, aceptabilidad y cohesión social, no solo con los iguales, sino también con el todo mayor. Para que la identidad urbana y barrial se construya se necesita ejercer un control sobre las propias decisiones, de modo que ella se exprese en una acción práctica, en un poder simbólico y práctico que demuestre el carácter permanente e histórico del barrio, de la villa, del condominio. En este sentido, la identidad no es solo relato, sino también capacidad de persuasión y de acción.

Esta presentación advierte que los territorios segregados de Santiago tienden a resguardarse a través del reforzamiento de las narrativas identitarias endógenas. Son territorios cuyas narrativas autocentradadas en el *nosotros* –los iguales– operan como formas de protección, cobijo y resguardo frente al temor, desconocimiento y amenaza del otro, al diferente. La ciudad segregada se vuelve, así, una sumatoria de pequeñas historias sustentadas en los principios de la *ciudad propia*. Mientras que en relación con el territorio *otro*, el diferente, la narrativa se construye sobre la *ciudad bárbara*, legado que nos dejara hace más de un siglo el intendente Vicuña Mackenna y las políticas de ordenamiento de la ciudad.

Etnografía en la ciudad

En términos metodológicos, la investigación que permite la escritura de este artículo se sitúa en la perspectiva de los estudios cualitativos. Se privilegia un enfoque etnográfico centrado en la observación, las entrevistas en profundidad y los grupos de discusión con habitantes de territorios residenciales con el objetivo de comprender los procesos a través de los cuales se construyen las identidades en territorios de una ciudad segregada.

La descripción etnográfica, que etimológicamente significa “la escritura de las culturas”, supone la observación directa de los comportamientos sociales; es decir, de la familiaridad con los grupos e individuos que se busca conocer (Laplantine, 1995: 39). El levantamiento etnográfico de los barrios en que habitan los sujetos de nuestro estudio se realizó entre 1998 y 2010. Su objetivo fue describir comprensivamente los contextos en los cuales los habitantes desarrollaban sus prácticas cotidianas. El trabajo de observación se realizó con estadías prolongadas de un pequeño equipo conformado por la investigadora responsable y estudiantes de antropología. En los barrios de clase media y alta se trabajó en la observación etnográfica durante un año; en el caso de barrios populares se permaneció durante tres años. La diferencia en los tiempos de trabajo de campo está en relación con la mayor reticencia de los barrios acomodados a ser “observados” y estudiados. Durante este período se trabajó, a partir de una pauta de observación, en el registro de los modos de producción territorial, esto es las prácticas cotidianas de sus habitantes, rutinas, movimientos y relaciones sociales que constituyen la vida barrial. La observación de estas prácticas sociales y de vecindad se llevó a cabo durante los días de la semana y festivos, en horarios diferenciados, hasta saturar la información. Estas observaciones fueron registradas en cuadernos de campo, fotografías y mapas que permitían identificar los trayectos, los puntos de encuentro y, en especial, las entradas y salidas del barrio, esto es, la conectividad con los barrios aledaños y el resto de la ciudad. En cada barrio se trabajó con especial cuidado en la observación y escucha de los diálogos entre vecinos en aquellos puntos de encuentro más recurrentes como son almacenes, parroquia, plazas, club, junta de vecinos. Ello posibilitó observar las convenciones y prácticas cotidianas en el territorio (De Certau, 1990). Este material de observación fue la base para las entrevistas en profundidad a vecinos. Las entrevistas en profundidad se realizaron con posterioridad a la observación y registro etnográficos a un universo de 20 a 30 familias por barrio. Ellas fueron entrevistadas en torno a su historia habitacional, así como a sus principios de identificación (nosotros) y distinción (los otros) con el barrio y su entorno con el fin de conocer: a) las prácticas sociales que sustentan dichos principios identitarios; b) la historia y memoria fundante del barrio; c) el reconocimiento con el entorno; d) las relaciones con el Estado y el mercado inmobiliario; e) el paisaje identitario. Paralelamente se trabajó en la recopilación de información secundaria, en especial características sociodemográficas a partir de análisis censal y archivos históricos de estos territorios.

Este artículo retoma las principales conclusiones de dos investigaciones de Fondecyt a través de cuatro territorios que conviven en la metrópoli de Santiago de Chile: a) barrio Jardín del Este, comuna nororiente, Vitacura; b) condominios El Carmen de Huechuraba, comuna norponiente, Huechuraba; c) barrio de la Chimba, comuna norponiente, Recoleta; d) campamento El Resbalón, comuna norponiente, Cerro Navia. El estudio de casos se sustenta en la premisa que lo que ocurre en un lugar, por muy pequeño que éste sea, es siempre resultado del movimiento del conjunto de la sociedad (Santos, 1996: 177,193).

De las identidades en contextos de segregación urbana

A través de cuatro relatos etnográficos de barrios de Santiago se presentan, de manera sintética y analítica, los procesos de construcción de los relatos identitarios en un contexto de segregación urbana. El relato de las prácticas barriales se realiza a través de: a) la ubicación territorial del barrio, sus fronteras y aspectos que refuerzan la segregación; b) el relato de la memoria barrial, como hito fundante; c) el relato del “nosotros”, su continuidad, ruptura, fricciones y coherencia en el tiempo; d) el reconocimiento de la identidad barrial por parte de los “otros”; e) las prácticas que hablan de la concreción de dicho relato identitario en un contexto de segregación urbana.

El jardín del tupido follaje

En las privilegiadas tierras aledañas al valle del río Mapocho nace en el año 1954 el barrio Jardín del Este. Su lejanía del centro de la ciudad, así como su abundante vegetación y acceso al agua, alimentará el deseo de una mejor calidad de vida para sus nuevos habitantes. La urbanización y lotización de estas tierras hace eco de la expansión de Santiago con la salida de las élites hacia el nororiente de la ciudad (Echaiz, 1972: 14). Jardín del Este constituye una expresión *sui generis* del modelo utópico de la ciudad-jardín propuesto por Ebenezer Howard (Palmer, 1985: 38). Es *sui géneris* por su carácter de homogeneidad social y sello de exclusividad, y también por su adscripción a los patrones tradicionales de segregación socioeconómica de la ciudad de Santiago. Un barrio o suburbio de élite en el borde urbano de una ciudad ya consolidada. La propuesta urbanística, a pesar de la conjunción que se da entre modernismo (arquitectura) y el modelo de ciudad jardín (trazado urbano y paisajismo) se caracteriza por su desconexión con los elementos centrales de la vida urbana siendo más bien una zona dormitorio donde se expresa y afianza la homogeneidad de un estilo de vida. En este sentido Jardín del Este combina la funcionalidad que otorga la conectividad de sus vías –que lo unen con el resto de la ciudad–, con la tranquilidad y seguridad que transmite su trazado de calles circulares y arborizadas¹. A esta homogeneidad se suman ciertas características identitarias que sus habitantes reconocen en la morfología y estética de un “nosotros”: las calles sinuosas y tranquilas, el adoquinado de las aceras, las veredas amplias, la arboleda frondosa y ordenada, las reminiscencias campestres del verde, las casas de arquitectura “culto” que se oculta sin ostentación detrás del antejardín.

En Jardín del Este habitan 371 hogares conformados por profesionales y/o funcionarios internacionales, en viviendas empla-

¹ Jardín del Este, como muchos otros sectores de comunas del sector oriente, es un buen reflejo de una distribución de la población de Santiago que dibuja un mapa donde la segregación residencial tiene una nítida expresión territorial (Rodríguez y Winchester, 1999: 50) y también laboral. Se encontró que en Jardín del Este ocurre algo similar a lo que muestran datos de Celade en los que se comprueba que en comunas de estratos altos como Vitacura y Las Condes, más del 60% de sus residentes se desplazan solo entre tres comunas de la zona oriente (Vitacura, Las Condes, Providencia) para trabajar.

zadas en sitios de 2.000 m². Allí conviven antiguos y nuevos vecinos, pero muy pocos saben del origen y la fundación de su barrio. Sin embargo, sí recuerdan ciertos hitos que marcan su identidad y su práctica: el diseño urbano paisajístico del arquitecto Emilio Duhart que otorga la impronta de la sinuosidad y follaje a sus calles, la arquitectura moderna del arquitecto Sanfuente que imprime un sello de vanguardia, austeridad y recato a sus viviendas y la política de reordenamiento urbano de 1980 del gobierno del general Pinochet que conduce a la erradicación de sus vecinos pobres con quienes se compartía una cierta cotidianidad sustentada en la prestación de servicios y las relaciones de caridad²: “Eran todos nuestros jardineros, nuestros empleados, nuestra gente. Les llevábamos los remedios, a tener la guagua, etc. Ellos vivían a costillas de nosotros y nosotros de ellos [...] se les acabó la fuente de trabajo, y a nosotros las nanas”.

En esos años es cuando las familias se encierran progresivamente (como ocurrirá con la sociedad chilena en general) y los vínculos con el entorno se minimizan. La sociabilidad pasa a desenvolverse tras el tupido cerco del jardín, las sinuosas calles se vacían y el silencio del entorno se asienta. Es en el espacio del jardín donde las familias se reúnen a platicar y compartir los sutiles códigos de vecindad y pertenencia. Más que estrechas relaciones de convivencia cotidiana, es el respeto a la convención de la *buena distancia*, la privacidad e invisibilidad de los vecinos lo que estructura cada una de las prácticas y relatos. El *habitus* es justamente eso, una cultura y un estilo que se sabe llevar sin necesidad de ser explicitado ni normado. Prácticas como barrer la vereda solo pueden hacerse de noche, a riesgo de romper este principio tácito del velo que oculta los afanes de lo cotidiano, principio de la distinción y elegancia del vecindario. Palmer (1985: 22) define al habitante de Jardín del Este como *el ciudadano invisible* que hace la vida de barrio en el Club de Polo o el Sport Français o simplemente en su jardín. Ello explica que aun cuando la morfología y arboleda de las calles invita a la caminata y el paseo, las veredas se encuentran desiertas y la plaza, oculta tras un frondoso matorral y un mullido pastizal, vacía en su verdor.

Los vecinos se organizan espontánea y esporádicamente para hacer frente a problemas relacionados con la seguridad o el resguardo de la ordenanza original que peligra por las presiones de la especulación inmobiliaria cuyos intereses son la edificación en altura. El gran conocimiento respecto a la normativa urbana que los rige, la ordenanza municipal, el plan regulador, los estilos arquitectónicos y urbanos, los metrajes y detalles constructivos de las vivienda dan cuenta del dominio de los códigos culturales para el control del propio habitar. Son estas características las que permiten que Jardín del Este sea reconocido por el entorno como un “barrio elegante, serio y culto” dentro de la comuna de Vitacura.

El diseño espacial de Jardín del Este no adquiriría toda su impronta identitaria si no fuese porque en él se reconoce un capital cultural de quienes lo construyeron y de quienes lo habitan. Capital cultural y simbólico, que a diferencia del capital

económico dado por el poder del capital, lo da la formación profesional y la cultura de sus habitantes. Capital simbólico que se instaura con los primeros habitantes (extranjeros profesionales y diplomáticos), pero que, sin embargo, logra perseverar con las oleadas sucesivas de chilenos profesionales y empresarios que llegarán posteriormente. El gran conocimiento y manejo de sus habitantes respecto a la normativa urbana que los rigen así como el tácito acuerdo en un estilo de vida de las buenas distancias, advierten del poder de habitar que se teje y construye tras el tupido y frondoso follaje del propio jardín.

El cerco de los iguales

En la zona norte de Santiago, comuna de Huechuraba, se encuentra ubicado El Carmen de Huechuraba, conjunto residencial de veinticinco condominios en el que habitan 1.200 familias jóvenes, en viviendas de hasta 170 metros cuadrados emplazadas en terrenos de 450 metros cuadrados; su valor asciende a los US\$ 210.000. Huechuraba corresponde a una comuna que fue habitada tradicionalmente por sectores pobres y que en los últimos años ha sido ocupada por condominios enrejados destinados a las clases media y media alta. Ello plantea la ruptura con la segregación a gran escala, instalando lo que se ha denominado como segregación a pequeña escala y los procesos de “gentrificación” (Zukin, 1989: 19) o expulsión de la pobreza que la caracterizan.

El promedio de edad de las familias jóvenes que compran casas en estos condominios es de 36 años, son profesionales, casados y con niños pequeños. En términos de sus trayectorias sociales estas familias pertenecen, según la empresa inmobiliaria, al llamado segmento de “clase media aspiracional”. Esto es, familias jóvenes provenientes de comunas de clase media, pero que se encuentran en una trayectoria económica ascendente y cuyas pautas de consumo se asemejan progresivamente a la de los segmentos altos³.

Condominios, villas privadas o country, las ciudadelas enrejadas en la ciudad crecen y se consolidan como un estilo de vida entre los estratos más acomodados de las grandes urbes. La valorización que da la seguridad puertas adentro y un modelo de “autonomía protegida” (Svampa, 2001: 38) se vuelve en estos condominios extensiva a todos los otros ámbitos de la vida: deportes, escuela, iglesia e incluso los servicios y el comercio. Enrejados y con sofisticados dispositivos de seguridad privada, estos condominios buscan proveerse de la añorada tranquilidad barrial.

Protegidos, los vecinos construyen sus relatos de añoranza rural. El resguardo y cuidado que se da a los jardines y a la naturaleza apelan a la nostalgia campesina y al retorno de una comunidad que alguna vez fue. Es la poética del espacio propio, donde el pasado se tiñe de ensoñación e imaginario bucólico (Bachelard, 1965: 26) y el paisaje rural pareciera encontrarse en sus jardines. El viejo fundo donde hoy se emplazan los condominios, contribuye a esta poética de claras reminiscencias campesinas y hacendales: un silo, una cruz de madera, una capilla de adobe y una caballeriza se conservan y muestran a los visitantes. Las

2 En los años ochenta los tres campamentos emplazados en la ribera del río Mapocho (El Ejemplo, El Esfuerzo y El Trabajo, 997 familias) son erradicados a los extramuros de la ciudad. Ello explica en parte el escaso aumento de población de la comuna de Vitacura entre los censos de 1982 y 1992, 8,3% en 10 años, I. Municipalidad Vitacura, 1993.

3 Un 58% de estas familias intentó comprar en el sector oriente de Santiago, pero no lo logró por los altos costos de las viviendas. Huechuraba solo ocupó la cuarta preferencia.

casas estilo chileno con sus tejas de greda, yuxtapuestas al *box windows*, los jardines y las calles con nombres de árboles nativos (maitenes, quillayes, boldos, naranjos) completan este cuadro urbano con reminiscencias rurales.

El resguardo de la familia, la solidaridad, la confianza y la sociabilidad entre iguales constituyen principios axiológicos sobre los cuales se construyen las prácticas cotidianas y la identidad en estos condominios. Valores que se saben en retirada en esta sociedad urbana y moderna, algo a lo que se resiste escapando de la ciudad y apostando a la construcción de un estilo de vida que recupera y resguarda las viejas tradiciones de este país. La relación con “el otro” –el más pobre o el que habita en los extramuros del condominio–, se construye esporádicamente, ya sea mediante la relación de servicios (*nanas*, jardineros, maestros) o la caridad, una caridad mediatisada por el colegio en este caso, y supeditada a las situaciones de urgencia y catástrofes naturales. El barrio es, ante todo, el territorio donde se pone en escena la comunidad de iguales, donde se dramatizan los rituales cotidianos y se celebran las fiestas. Al “otro”, se lo tolera, pero no se lo invita a ser parte de la escena.

La nostalgia, la búsqueda obstinada de una vida “como cuando éramos chicos”, de una cierta sociabilidad entre iguales, del “placer de estar juntos”, de la posibilidad de compartir, está presente en los relatos y en la cotidianidad de muchos de estos habitantes. El “carácter tribal” que estas familias han logrado dar a sus vidas –carácter que facilita el diseño arquitectónico y urbanístico de los condominios–, se ajusta a las aspiraciones de cada una de ellas. Es en la comunidad, pequeña y protegida, donde se busca reproducir “para nuestros hijos la infancia que nosotros tuvimos”. Con la escuela en el centro de la vida barrial, el escenario asemeja a un pueblo perdido de Chile.

Resguardados en los estrechos márgenes del valle de Huechuraba, las familias logran (re)construir una sociabilidad difícil de pensar en una ciudad como Santiago. La espacialidad amurallada –guardias, alarmas y cercos eléctricos que los separan de los pobladores de La Pincoya– tiene su correlato en términos identitarios. En la comunidad de iguales las referencias a una *comunidad imaginada*, esto es, a un Estado Nación (Anderson, 2000: 46) son escasas. Los principios de integración comienzan y terminan en los límites del condominio y la comunidad de iguales, ciudadanía fuertemente privatizada donde la inmobiliaria y su oficina posventa reemplazan al Estado. La vida de estos condominios tiene algo de paraíso perdido y algo de gueto en la ciudad. Como el tribalismo, el condominio nos recuerda empíricamente, la importancia del sentimiento de pertenencia a un lugar, a un grupo, como fundamento esencial de toda vida social. Pero también nos habla de los riesgos del cerco, de la burbuja desde donde se levanta y refuerza el miedo endógeno al “otro”, al bárbaro, al que no supo ni pudo protegerse de los males de la vida urbana.

La ciudadela de frontera

La Chimba, al norte del río Mapocho, ha sido históricamente nuestro “otro lado”. La angosta franja del río marca la frontera entre la *ciudad propia* y la *ciudad bárbara*. Desde el siglo XVI, período de la Colonia, en la Chimba se instala, material y simbóli-

camente, lo que el centro de la ciudad niega: los cementerios, los hospitales, la vega, los indios y los inmigrantes empobrecidos en busca de mejor fortuna. Durante cuatro siglos y medio la Chimba ha sido frontera, trastienda, pero también cobijo y lugar de la diversidad. Ella no solo pervive en la segregación simbólica de los muertos al otro lado del río Mapocho, territorio de “los otros”, sino que se perpetúa en poblaciones que en su mixtura hasta hoy mantienen la vitalidad de este territorio (Franz, 2002: 35).

Si el centro de Santiago es la cara de la legalidad y la ciudadanía, la Chimba es espalda, contracara y reverso: una ciudadela paralela al otro lado del río que desafía la planificación central y se vuelve emblema de una cierta autarquía. En la Chimba, tres son las franjas que organizan esta espacialidad del territorio: Bellavista y su bohemia, bares y restaurantes; Patronato con sus migrantes y comerciantes; el Mercado La Vega y sus bodegas de Recoleta a Vivaceta. Como el arrabal y extramuro de la ciudad, en la Chimba el migrante otorga su carácter de mixtura social y cultural al territorio y sus prácticas. Barrio dentro de Santiago donde la multiculturalidad se evidencia junto a la pobreza, y en la cual el habitar va de la mano con un modo de producción económica (De Ramón, 2000: 13). La frontera, marcada por el río Mapocho, actuará a su vez de trinchera y también de cobijo en momentos de efervescencia social o de represión desde el centro de la ciudad a sus habitantes y actividades productivas (Rosales, 1948: 26; Salazar y Pinto, 2002: 67). Geográficamente el río Mapocho fija la frontera; es la línea divisoria que establece un adentro y un afuera, borde visual hasta donde se llega pero también desde donde se parte. En este sentido, la Chimba se construye también como receptor simbólico de los males y abre un espacio para que allí convivan todos aquellos que no tienen su lugar en la ciudad del centro.

La Chimba no es poblacional, no es campamento ni gueto. En la Chimba la zonificación, propia de la modernidad y a la planificación urbana, no tienen lugar. En la Chimba estamos frente a una ciudad –otra ciudad– donde los principios de urbanidad tan queridos a Jane Jacobs (1993 [1965]: 98) como son la celebración de la mixtura y el movimiento de lo diverso, toman toda su fuerza y sentido. En su mayoría los vecinos chilenos corresponden a una clase trabajadora que se desenvuelve en el Mercado de la Vega y el comercio aledaño, o bien una antigua clase media envejecida y algo empobrecida que adquirió su vivienda por adscripción a un sistema de protección social (antiguas poblaciones construidas por la Caja de Empleados Particulares en los años cuarenta). Una población habituada históricamente a la convivencia con extranjeros. Las evidencias de la etnografía permiten levantar la hipótesis que los que otorgan al territorio su condición de continuidad son estos habitantes chilenos, pero, sobre todo, su virtud de cobijo para el logro de este precario equilibrio del habitar. En ellos residen las claves de la integración, una integración urbana que se mueve en una compleja red de vínculos y reciprocidades que transitan entre lo laboral, lo vecinal y lo lúdico. En este territorio, todos están amarrados y comprometidos con todos, pero no como en el gueto, sino en una condición urbana donde todos caben.

En la Chimba, el espacio es femenino, es acogida, útero y posibilidad siempre abierta a ser recibido. Es este carácter el que explica su profunda maleabilidad y capacidad de transformación: el *cité* puede ser en la mañana residencia, guardería de niños, en

la tarde bodega, en la noche bar clandestino, prostíbulo, restaurante y nuevamente residencia. La maleabilidad de los espacios para acoger, cobijar y "esconder" o "proteger" a sus habitantes es un rasgo que la *ciudad propia*, a través de sus políticas de zonificación, no está en condiciones de aceptar.

Este lugar de la ciudad se construye en esa fluidez de las relaciones de vecindad, que no se sustentan en la residencia y en el vivir ahí. Existe una economía barrial –fuertemente marcada por el Mercado de La Vega y el comercio de Patronato e Independencia– donde todos producen para todos, pero de una manera que solo quienes ahí habitan pueden saber y decodificar. Porque todo circula, todos tienen su lugar, y la xenofobia –tan presente en la *ciudad propia*– pierde toda posibilidad de asentarse. El "otro", el distinto, el diferente, es siempre una posibilidad, y el estigma –entendido como la marca que fija– pierde toda su razón de ser. La Chimba es y ha sido un lugar de plasticidad que, por cierto, poco responde a la lógica estructuradora y segregadora de una ciudad como Santiago.

La comunidad de la melancolía

A comienzos de los años noventa, para llegar al campamento El Resbalón se requería de tiempo y, sobre todo, de paciencia. El campamento se ubica en Cerro Navia, en los extramuros de la ciudad; es una comuna homogéneamente pobre, de calles estrechas, veredas cuidadas, árboles grandes, viviendas modestas y pequeños antejardines. Un buen ejemplo para caracterizar la concentración territorial que muestra la pobreza en la ciudad de Santiago. Esta comuna recibe en los años ochenta un importante número de habitantes producto de la erradicación de poblaciones de otros sectores de Santiago. A fines de los años noventa la comuna contaba con 92 poblaciones y 11 campamentos. Con una superficie de 10,9 km² y una población cercana a los 176 mil habitantes, es una de las comunas más densamente pobladas de Santiago. Allí, en los márgenes de la ciudad de Santiago, emplazado en un gran sitio erial, a orillas del río Mapocho, basural de aguas grises y escaso caudal, se oculta campamento El Resbalón. El término campamento o población callampa da cuenta de un territorio ocupado o "tomado" por sus pobladores con objeto de construir allí sus viviendas. Utilizan materiales muy precarios (latón, cartones, madera) y no cumplen las condiciones básicas de salubridad. Sus habitantes viven en situación de pobreza extrema y no poseen títulos de propiedad de sus sitios.

Hasta 2001 este campamento se componía de cerca de cincuenta frágiles y precarias viviendas organizadas en pasajes que daban forma a una "U" que en el centro tenía una improvisada cancha de tierra para jugar fútbol y una sede social. Entre montañas de basura, arena y uno o dos árboles, el campamento ofrecía, a los ojos del recién llegado, un panorama desolador. En invierno primaba el barrial y el caudal del río amenazante; en verano, la sequedad, el polvo, los ratones y el hedor penetrante del río.

En el campamento El Resbalón nadie sabía a ciencia cierta cuándo comenzaron a llegar las primeras familias. Algunos dicen que al menos hace unos 35 años; otros, que allí, a la orilla del río Mapocho, siempre han existido campamentos y chozas. Y es que

en su memoria no hay grandes hitos que recordar. Relatos circulares, marcados apenas por las estaciones del año: el verano, con sus culebras, garrapatas, zancudos y polvo; en invierno, con las inundaciones, las goteras, el barro y los resfrios. Y las fiestas, la Navidad, el Año Nuevo, el Día del Niño, las fiestas patrias y la celebración de los santos, recordaban y marcaban el ritmo del año. Lo demás ha sido hábil y empeñosa gestión de la ayuda y caridad: la municipalidad, el Hogar de Cristo, algún político en campaña electoral, las iglesias Católica, Evangélica o Mormona. Todos pasaban por allí, porque "la gente nos mira diferente; es que somos muy pobres, pero los otros tampoco tienen mucho; más que nosotros sí, pero cualquiera tiene más que nosotros", señala una pobladora.

En el campamento El Resbalón, a pesar de los conflictos cotidianos entre vecinos, la participación en las iniciativas colectivas era alta. De manera espontánea los liderazgos se alternaban y superponían causando disputas, rumores y enfrentamientos entre vecinos. En el campamento predominaba un liderazgo matrilineal; mujeres fuertes que resolvían o aliviaban los problemas de salud y alimentación de la comunidad.

La erradicación del campamento en 2001 y la obtención de una vivienda social de 47 metros cuadrados, no hizo más fácil sus vidas. La nueva vida en los ordenados conjuntos residenciales no solo evidenció la fragilidad de la su integración a la ciudad, sino también acrecentó la nostalgia por la vida en el campamento y sus redes de solidaridad y ayuda mutua. Afanados en la consecución de los recursos para sustentar el precio de la integración –pago de dividendos, servicios e infraestructura– las familias tienen poco espacio para reunirse en torno al fogón que en otros tiempos calentaba e iluminaba sus viviendas. Más solos e igualmente excluidos, la añoranza y la hipertrofia de la nostalgia ganan lugar a la esperanza y al empeño. Perdida la comunidad y sumidos en la misma pobreza, los relatos identitarios solo hablan de reclamo, enojo y sumisión. Pues tal como el hábitat moldea el habitar; así también el habitar construye el derecho a la ciudad.

Conclusiones

En Santiago de Chile, así como en otras ciudades latinoamericanas, la fractura urbana ilustra bien la persistencia y consolidación de un modelo de vida entre grupos homogéneos social e identitariamente. La *ciudad propia* y la *ciudad bárbara* conviven en un juego de espejos que pareciera resistirse a un modelo urbano asentado en la heterogeneidad, el intercambio entre diferentes, la noción de espacio público y valores como la ciudadanía política y la integración social. Ello advierte la importancia teórica y política de instalar la mirada sobre los territorios fragmentados de nuestras ciudades latinoamericanas.

Celebrar la ciudad

Volver la mirada a la *ciudad propia* y a la *ciudad bárbara* es admitir que nuestras ciudades se han hecho en este juego de espejos: entre lo deseado y lo negado, el centro y la trastienda. Y lo evidente es que no existe realidad urbana que no se levante

en esta tensión dialéctica e históricamente construida. Desde el nacimiento de las grandes ciudades y la metrópoli, la teoría sociológica celebró la libertad y emancipación de las ataduras de la comunidad; la ciudad angustia pero también libera, advertían Weber, Simmel y sus contemporáneos. Libertad que no solo iba de la mano de la sociedad de masas que se evidenciaba en estas ciudades, sino también de la posibilidad de vivenciar la muchedumbre y al individuo, la diversidad y la soledad.

Leer la ciudad de Santiago desde uno y otro lado de sus fronteras internas es, también, celebrar esta posibilidad y esta condición de la vida y la identidad urbana. La ciudad se hace de estas superposiciones e identificaciones múltiples, de este entrecruzamiento de mundos siempre en disputa, pero también de la mutua y siempre ambigua fascinación que genera esta tensión en la experiencia del urbanitas.

La experiencia de la segregación

La sociabilidad entre iguales que garantizan la segregación urbana y la homogeneidad residencial de nuestra ciudad, abre paso a un imaginario y una práctica social que refuerza y protege al "nosotros" de la peligrosidad de los "otros". Pero mientras en la *ciudad propia* algunos se proyectan y consolidan en este urbanismo de las afinidades, de un estilo de vida entre iguales que garantiza una "sociabilidad entre nos", en la *ciudad bárbara* las evidencias de la desigualdad permean sus proyectos y hasta sus más cotidianos encuentros. La experiencia de la segregación urbana no pareciera ser la misma para todos. Mientras unos construyen y celebran sus experiencias neocomunitarias, otros simplemente quedan atrapados en la hipertrofia de la melancolía y la nostalgia.

El temor a los bárbaros

Lo cierto es que entre unos y otros, la ciudad se ha vuelto un territorio de fronteras y murallas que hace que los extramuros sean la promesa de la tentación y perdición. La *ciudad bárbara*, territorio de frontera por definición, pone en tensión los proyectos homogeneizadores y dominantes de nuestra planificación urbana. Las Chimbas y campamentos de nuestras ciudades, nos recuerdan que, más que lugares de adscripción identitaria, lo que encontramos son espacios intersticiales y de tránsito, atravesados por múltiples pertenencias culturales y lugares de identidad. Identidades transversales y fronterizas que subvierten así el paradigma de las identidades fijas y monocordes de la *ciudad propia*. Es esta condición de frontera la que advierte de las múltiples ciudades desalojadas y extirpadas de la *ciudad propia*.

En este sentido, tras el aparente desorden de la *ciudad bárbara* –y cuya manifestación más clara es la sistemática transgresión de la normativa de ordenamiento espacial y arquitectónico–, los relatos del temor, de la criminalización y de la subversión son la norma en la relación con la ciudad y organizan sus comportamientos en el espacio urbano. Prácticas y lógicas del habitar a las que se teme justamente porque en el relato y en el habitar hegemónico de la *ciudad propia* no hay lugar posible para ellas.

Investigar la ciudad segregada

El desafío de la investigación urbana es entonces doble. Uno, comprender las lógicas, normas y razones prácticas de la experiencia social y cotidiana en la producción de la metrópoli segregada. Dos, la articulación entre estos modos de producción y reproducción de la ciudad propia y la ciudad bárbara, entendida como disputa y dominación nunca resueltas. Ello significa que no es posible comprender lo que sucede –y lo que no sucede– en la *ciudad propia* (y sus ciudadelas) sin referenciar lo que sucede en la *ciudad bárbara* (y sus ciudadelas). Los modos de producción de uno se hacen con el otro, en complicidad con el otro y a pesar del otro. Las identidades se hacen en estos campos de disputa y alteridad, juego de espejos nunca resuelto, pero que finalmente les otorga su reconocimiento y legitimidad. Las identidades culturales de estas ciudades segregadas nos recuerdan que toda identidad es un constructo, jamás esencia sino solo posicionamiento sin garantía de totalidad (Hall, 1996: 67).

Por la transgresión de las fronteras

En Santiago de Chile, la impronta de la *ciudad propia* pareciera querer signar y dominar los modos del habitar urbano. La persistencia de una *ciudad bárbara* habla, sin embargo, de resistencia y reclamo a la presencia histórica de una *ciudad propia*, que ordena no solo el territorio sino también los otros modos de habitar la gran ciudad neoliberal que ha llegado a ser nuestra metrópoli de Santiago. El carácter de útero, comunidad y cobijo de la(s) *ciudad(es) bárbara(s)* es respuesta y a la vez resistencia a las prácticas de control y ordenamiento que ejerce la *ciudad propia*.

Entre ambas ciudades, además del abismo y la frontera imaginaria, existen sin embargo puentes. Y son estos puentes los que posibilitan que la frontera, firmemente asentada, sea permanentemente violada y transgredida.

El problema urbano ha sido y sigue siendo para quien se atreve a cruzar las fronteras. El temor al otro es justamente el temor a perderse en ese otro y no poder regresar. Cuando los puentes se atraviesan sabemos de dónde venimos, pero no sabemos hacia dónde vamos. Ir al centro de la ciudad o a su periferia dejó de ser una aventura amable para muchos de los habitantes de la ciudad. En estos términos, tejer vínculos y puentes no es solo un asunto de conectividad vial, fluvial; amarrar puentes es, ante todo, construir políticas que favorezcan el mutuo reconocimiento, en la perspectiva de que el derecho a la diferencia así como el derecho a los iguales, seguirá siendo un derecho garantizado. El gran fracaso de las políticas de mixtura habitacional ha sido justamente confundir conectividad y reconocimiento con la cohabitación entre otredades. Porque el habitus hace el hábitat y el hábitat hace el habitus (Bourdieu, 1987: 58), es que el derecho al propio lugar en la ciudad debe ser resguardado con la misma fuerza que el derecho a transitar y recorrer el lugar del otro. Más que la abolición de la segregación, de lo que se trata es de asegurar que los puentes permitan atravesar la frontera en dirección a los otros, pero también regresar al lugar de los propios. 

Bibliografía

- ANDERSON, B. (2000). *Comunidades imaginadas*. Buenos Aires: FCE.
- BACHELARD, G. (1965). *La poética del espacio*. México D.F: Fondo de Cultura Económica. Breviarios 183.
- BOURDIEU, P. (1987). *La distinction*. Paris: PUF.
- BOURDIEU, P. (1993). *La misère du monde*. Paris, France: Seuil.
- DE CERTAU, M. (1990). *L'invention du quotidien*. 1. Paris: Arts de Faire, Folio Essais.
- DE MATTOS, C. (1997). "Dinámica económica globalizada y transformación metropolitana: hacia un planeta de archipiélagos urbanos". En: *Paper at the '6to. Encuentro de Geógrafos de América Latina'*. Buenos Aires: Instituto de Geografía, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- DE MATTOS, C. (1999). "Santiago de Chile, globalización y expansión metropolitana: lo que existía sigue existiendo". En: *Revista Eure*, No. 76, diciembre, Santiago de Chile.
- DE RAMÓN, A. (2000). *Santiago de Chile*. Santiago de Chile: Sudamericana.
- ECHAIZ, René León (1972). *Historia de Santiago*. Tomo I. Santiago de Chile: Imprenta Neupert.
- ESPINOZA, V. (1988). *Para una historia de los pobres de la ciudad*. Santiago de Chile: SUR.
- FRANZ, C. (2002). *La muralla enterrada*. Santiago de Chile: Planeta.
- GIANNINI, H. (1992) [1982]. *La reflexion quotidienne: vers une archeologie de l'experience*. Paris: Alinea.
- HALL, P. (1996). "The Creative City in the Third Millennium". In: VERWEIJNEN, Jan et LEHTOVUORI, Panu (ed.) *The Creative Cities*, Helsinki: UIAH Publications.
- JACOBS, J. (1993) [1965]. *The Death and Life of Great American Cities*. New York: Modern Library.
- LAPLANTINE, F. (1995). *La description ethnographique*. Paris: Nathan Université. Sciences Sociales 128.
- LEVI STRAUSS, C. (1961). *L'identité*. Paris: PUF.
- MÁRQUEZ, F. & PÉREZ, F. (2008). "Spatial Frontiers and Neo-Communitarian Identities in the City: The Case of Santiago de Chile". In: *Urban Studies Revue*, Special Issue, vol. 45, No. 7, junio 2008, ISI.
- PALMER, M. (1985). *La ciudad jardín como modelo de crecimiento urbano: el caso de la comuna de Providencia. Santiago 1935-1960*. Investigación No. 154. Santiago de Chile: D.I.U.C.
- RODRÍGUEZ, A. y WINCHESTER, L. (ed.) (1999). *Ciudades y gobernabilidad en América Latina*. Santiago de Chile: SUR.
- ROSALES, J. A. (1948). *La Chimba Antigua. Historia de la Cañadilla*. Santiago de Chile: Editorial Difusión.
- ROSAS, I. (2009). "La cultura constructiva informal y la transformación de los barrios caraqueños". En: *Revista Bitácora Urbano Territorial*, vol. 2, No. 15, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, pp. 79-88.
- SABATINI, F. (1998). *Transformación urbana y dialéctica entre integración y exclusión social. Reflexiones sobre las ciudades latinoamericanas y notas sobre Santiago de Chile*. Santiago: Instituto de Estudios Urbanos, P. Universidad Católica de Chile. Serie Azul 19, marzo.
- SABATINI, F. y Cáceres, G. (2001). "Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción". En: *Revista Eure*, XX-VII (82), Santiago de Chile, pp. 21-42.
- SALAZAR, G. y PINTO, J. (2002). *Historia contemporánea de Chile*. Santiago de Chile: LOM.
- SALCEDO, R. y TORRES, A. (2004). "Gated Communities in Santiago: Wall or Frontier?" In: *International Journal of Urban and Regional Research*, 28 (1), pp. 27-44.
- SANTA CRUZ, G. (2002). "Las ciudades literarias". In: HALPERT, M. *Ciudad y arquitectura: otras miradas, otras preguntas*. Santiago de Chile: Ed. U. Central.
- SANTOS, M. (1996). *De la totalidad al lugar*. Barcelona: Oikos-Tau.
- SILVA, A. (1996). "Rito urbano e inscripciones imaginarias en América Latina". En: *Revista Persona y Sociedad*, vol. X, No. 1, abril, Universidad Alberto Hurtado, Santiago de Chile, pp. 106-115.
- SUBERCASEAUX, B. (1973). *Chile o una loca geografía*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- SVAMPA, M. (2001). *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*. Buenos Aires: Biblos.
- ZUKIN, S. (1989). *Loft Living. Culture and Capital in Urban Change*. New Brunswick, New Jersey: Rutgers University Press.